

En seguida, saliendo de la multitud, pasaron cerca de diferentes grupos diciendo:

— Es para esta noche.

Y las palabras: es para esta noche, circularon como un murmullo por todo lo largo del boulevard.

En seguida se vió á los hombres de las capas entrar, los unos en la calle del Temple, los otros en la de San Martín, éstos en la de San Dionisio, aquéllos en la de la Poissonniere, en un palabra, dirigirse todos hacia el Sena por diferentes caminos; pero como hombres que no deben tardar en volver á encontrarse en el mismo paraje.

CAPÍTULO II.

LA CASA MISTERIOSA.

Un hombre que no hubiera tenido otra cosa mejor que hacer que observar lo que pasaba en la calle de Postas de ocho á nueve de la noche, es decir, dos horas después de la representación, que tal vez hemos cometido la falta de contarla á nuestros lectores con demasiada extensión, no hubiera perdido ciertamente el tiempo, por poco que le gustasen las aventuras nocturnas y fantásticas.

Como suponemos que el lector, desde el momento que se une á nosotros, no es enemigo de esas mismas aventuras, vamos á suplicarle que nos acompañe al lugar á que transportamos nuestra cámara negra, y vamos á hacer que desfilen por delante de él una multitud de personajes, no menos misteriosos que las sombras chinescas de las linternas mágicas.

Ya hemos dicho que el teatro está situado en la calle de Postas, muy cerca del callejón de las Viñas, á algunos pasos del *Pozo que habla*.

La decoración representa una casita de un solo piso, con una sola puerta y una sola ventana que da á la calle.

Tal vez tenía otras puertas y otras ventanas; pero aquellas puertas y aquellas ventanas daban sin duda á un patio ó á un jardin.

Eran las ocho y media de la noche, y las estrellas, esas violetas de la noche, celebraban, al reaparecer á las miradas de los hombres más brillantes que nunca, como las violetas, esas estrellas del día, las primeras horas de la primavera.

Era aquella, en verdad, una noche bella, clara y luminosa, serena y dulce como una noche de estío, una noche de primavera también, una noche de poeta ó de enamorado.

Se experimentaba una especie de voluptuosidad en pasearse durante aquella primera noche templada, y sin duda, para abandonarse á ese sentimiento lleno á la vez de voluptuosidades ideales y sensuales, un hombre envuelto en un gran redingote negro se paseaba hacia cerca de una hora de arriba abajo por la calle de Postas, ocultándose en el ángulo de las casas, ó en los batientes de las puertas cuando alguno pasaba.

Sin embargo, al pensar en ello, se explicaba difícilmente que aquel amante de la naturaleza hubiera elegido, para regocijarse con las primeras brisas primaverales una calle tan desierta, y sobre todo tan fangosa, como era en aquella época la calle de Postas; porque aun cuando no hubiese flovido hacia una semana, la calle de Postas, como esas calles de que se ha hablado en el libro titulado *Nápoles sin sol*, parece haber obtenido, sin duda por intercesión de

los jesuitas que la habitaban y aun la habitan, el privilegio de una sombra eterna y de una tutelar obscuridad.

Al pasar por delante de la casa que hemos descrito, detúvose el personaje, un espacio de tiempo inapreciable, pero bastante sin duda para la observación que quería hacer; porque volviendo atrás, es decir, hacia el colegio Rollin, fué derecho delante de él y encontró otro individuo, amante sin duda como él, de las bellezas nocturnas de la naturaleza, y le dijo esta sola palabra:

— *Nada.*

El individuo al que acababa de dirigirse este bisilabo, volvió á subir la calle de Postas, mientras que su interlocutor la bajaba.

En seguida este segundo personaje, después de haber hecho el mismo manejo que el primero, es decir, después de haber dirigido una rápida ojeada á la casa, subió algunos pasos, entró en la calle del *Pozo que habla*, y encontró allí otro amante de la naturaleza, que parecía pasearse tan inoportunamente como él y su compañero, dijole á media voz el mismo bisilabo que acababan de decirle:

— *Nada.*

Y continuó su camino, mientras que el tercer individuo el que cruzaba y pasaba por delante de él, se encaminó hacia la casa, la miró como habían hecho los otros dos, y volvió á subir por la calle de Postas hasta la esquina á la de Ulm, y allí, encontrándose frente á frente con otro personaje, le repitió la palabra que hemos oído ya dos veces:

— *Nada.*

Y este cuarto personaje, á su vez, pasando por delante del tercero, bajó la calle de Postas, pasó por delante de la casa, la miró como habían hecho los anteriores, y continuó bajando la calle de Postas hasta el colegio Rollin, donde

volvió á encontrar al primer amante de la naturaleza, que hemos hecho notar ya á nuestros lectores paseándose con un redingote negro.

Después de haberle dicho la misma palabra que juzgamos inútil repetir, pasó por delante de él, y el primer personaje, el hombre del redingote negro, el que parecía el autor del bisilabo misterioso, continuó durante media hora el mismo manejo, hasta el momento en que, viendo dos hombres reunidos, bajó la calle de Postas silbando la cavatina de *Joconda*: *He recorrido mucho tiempo el mundo.*

El aire estaba entonces muy en moda; así es que fué repetido sucesivamente, pero siempre á media voz, por los cuatro individuos, que sucesivamente también se habían dicho unos á otros la palabra *nada*.

En cuanto á los dos hombres que habían dado origen á este nocturno quinteto, se detuvieron, como todos los que hemos visto pasar hasta aquí por delante de la casita, diferenciándose sólo de los otros, en que hicieron una larga parada delante de la puerta, conversando tan bajo, que el hombre del redingote negro, que pasó sin afectación cerca de ellos canturriando su cavatina, no pudo sorprender una sílaba de lo que decían.

Al cabo de diez minutos otros tres personajes, seguidos de otro, envueltos todos cuatro en negras capas, vinieron á reunirse á los dos individuos que estaban parados delante de la casa.

El más alto de los dos que habían venido primero, cogió por turno las manos de los recién venidos, en seguida, pronunciando al oído de cada uno la primera mitad de la palabra Samaritana *Lamna*, cuya segunda mitad dijo cada uno de ellos, sacó una llavecita del bolsillo, la puso en la cerradura, entreabrió dulcemente la puerta, hizo entrar á los

cinco compañeros, miró en derredor, y entró á su vez.

Cerraba la puerta por dentro en el momento que el primer paseante y el segundo reaparecieron cada cual á un extremo de la calle, y marchando al mismo paso se encontraron delante de la casa y cambiaron este monosílabo:

— *Seis.*

Después de lo cual tiraron cada uno por su lado, yendo á repetir la palabra *seis* á los otros amantes de la naturaleza, que habían ya oído y repetido la palabra *nada*.

No habían dado veinte pasos en la calle, el uno subiendo, y el otro bajando, cuando encontraron, el que bajaba, un individuo, y el que subía tres personajes, que aunque venían de dos lados, se detuvieron, reuniéndose delante de la casa misteriosa.

Cuando los cuatro recién llegados hubieron entrado en la casa como los otros seis, dos paseantes se pusieron de nuevo en movimiento, se encontraron y cambiaron este nuevo monosílabo:

— *Diez.*

En fin, durante dos horas, es decir, de ocho y media á diez y media, los cinco lacónicos paseantes vieron entrar en la casa sesenta individuos en grupos de dos, de cuatro, de cinco; pero nunca de más de seis.

Eran las once menos cuarto, cuando el dilettante, que había canturriado la cavatina de *Joconda*, canturrió segunda vez; pero esta vez el grande aire del *Desertor*:

¡Ah! respiro, por fin puedo volver á tomar aliento

El cantante estaba apenas en su cuarto verso, cuando vió venir hacia él, de los dos lados de la calle de Postas, del callejón de las Viñas y de la calle del Pozo que habla,

otros siete individuos, que preguntados cada cuál á su vez, respondieron sin vacilar á la pregunta: ¿cuántos eran?

— Sesenta.

— Está bien; respondió el dilettante.

En seguida, como un general de ejército que da sus órdenes:

— Atención, vosotros, dijo.

Aquellos á quienes se dirigía esta recomendación se esrecharon sin responder.

El dilettante continuó:

— Que Mariposa vaya á apostarse detrás de la casa; que Carmañola guarde el ala derecha; que Corta-el-Aire guarde el ala izquierda. Paja-Larga y sus demás compañeros permanecerán cerca de mí. Habéis explorado bien los terrenos vecinos, ¿no es verdad?

— Sí, se le respondió con una voz común.

— ¿Estáis bien armados?

— Bien armados.

— ¿No holgazanes?

— Ni fingidores.

— ¿Sabes lo que tienes que hacer. Carmañola?

— Sí, respondió una voz provenzal.

— ¿Tienes tus instrucciones, Corta-el-Aire?

— Sí, respondió una voz normanda.

— ¿Tienes tu azadón, Carmañola?

— Lo tengo.

— ¿Tienes tus garfios, Corta-el-Aire?

— Los tengo.

— Entonces, larguémonos; á la obra, y vivamente.

Los tres individuos, designados con los nombres de Mariposa, Carmañola y Corta-el-Aire, desaparecieron con una rapidez que probaba que Corta-el-Aire y Mariposa

eran dignos de su sobrenombre, y que si Carmañola no tomaba uno análogo al de ellos, es porque estaba orgulloso con su nombre de familia.

— Ahora, Paja-Larga, dijo el comandante de la pequeña escuadra, paseémonos como buenos paisanos, y hablemos como buenos amigos.

En seguida, habiendo tomado un polvo de una caja, que databa del tiempo de la dueña Quinaña, habiendo pasado su pañuelo de seda por el vidrio de sus anteojos, y habiéndolos puesto otra vez delicadamente sobre su nariz, el amante de la naturaleza, el dilettante, el hombre que quería conversar como un buen paisano, metió sus dos manos en los bolsillos de su castorina, y se puso en marcha con su patrulla.

El paseo no fué largo; el jefe de la escuadra entró en la calle del *Pozo que habla*, se colocó de modo que no perdiese de vista la casa misteriosa, hizo seña á sus acólitos que se escondiesen en las profundidades de la calle, pero de modo que estuviesen á su alcance, no reteniendo á su lado más que á uno de sus compañeros, largo, flaco, amarillento y vizco, un verdadero esqueleto de veso, coronado con una cabeza de Basilio, es decir, de tonto.

— Ahora, dijo el jefe, aquí nosotros dos, Paja-Larga.

— A vuestras órdenes, Mr. Jackal, respondió el agente.

CAPÍTULO III.

LA BARBETA.

— Veamos, tú eres quien has descubierto el tiesto de rosas, continuó Mr. Jackal; es, pues, justo que me dirija

á ti para respirar todo su perfume. ¿Cómo has olfateado esta aventura? Sé breve.

— Hé aquí el hecho, Mr. Jackal. Vos sabéis que siempre he tenido principios religiosos.

— No, no lo sabía.

— ¡ Oh ! ¿ caballero, pues he perdido entonces el tiempo ?

— No, puesto que has descubierto algo ; ¿ qué ? aun no sé nada ; pero en fin, es evidente que sesenta personas no se reúnen en la calle de Postas, ni entran todas en la misma casa para enhebrar perlas.

— Sin embargo, me desesperaría mucho que no creyerais en mis principios religiosos, señor inspector.

— Vete al diablo con tus principios religiosos.

— Sin embargo, Mr. Jackal...

— Te pregunto, qué tienen que ver tus principios religiosos con el negocio que nos ocupa.

Y Mr. Jackal levantó sus anteojos para mirar frente á frente á su interlocutor.

— ¡ Diablo ! Mr. Jackal, repuso Paja-Larga, es que son mis principios religiosos los que me han puesto en la pista de este negocio.

— ¡ Pues bien ! veamos, di una palabra de tus principios ; pero si es posible, no digas dos.

— Sabréis, en primer lugar, Mr. Jackal, que yo trato, en cuanto es posible, de no tener más que buenos conocimientos.

— Es difícil en la profesión que ejerces ; pero pasemos adelante.

— Tengo, pues, amistad con una alquiladora de sillas de Santiago del Paso alto.

— ¿ Por religión siempre ?

— Sí, Mr. Jackal, por religión.

Mr. Jackal se llenó las narices de tabaco, con la rabia de un hombre que por su posición se ve obligado á aparentar que cree cosas que no cree en realidad.

— Esta alquiladora de sillas vive en el callejón de las Viñas, justamente en la casa en que acaba de entrar Carmañola.

— En el primer piso, ya sé eso.

— ¡ Ah ! ¿ sabéis eso, Mr. Jackal ?

— Eso y otras muchas cosas. ¿ Dices, pues, que la Barbeta ocupa una habitación del primer piso ?

— ¿ Sabéis el nombre de mi alquiladora de sillas, Mr. Jackal ?

— Sé el nombre de todas las alquiladoras de sillas de París, alquilenlas en el boulevard de Gand, en los Campos Eliseos, ó en las iglesias. Continúa.

— Pues bien, un día, ó más bien una noche que ella se preparaba para recitar sus oraciones, oyó detrás de la pared de su alcoba un ruido de voces confusas y pasos apresurados, como si procediese todo de la casa de al lado. El ruido duró desde las ocho y media á las diez y media, y cuando yo llegué á las once, me dijo, que le parecía haber oído, del otro lado de la pared, maniobrar un regimiento entero. Yo nada quise creer, atribuyendo aquel relato á una de esas distracciones extáticas, á las que está sujeta en ciertos días del año.

— Pasemos, pasemos adelante, dijo desdeñosamente Mr. Jackal.

— Pero una noche, continuó Paja-Larga, me fué preciso rendirme á la evidencia.

— Veamos eso.

— No estando de servicio aquel día, había ido más

temprano que de costumbre, y decía mis oraciones con ella, cuando oí el ruido extraño, que ella caracterizaba bastante justamente, comparándolo á la maniobra de un regimiento.

Entonces, sin decirle nada, terminadas que fueron nuestras oraciones, bajé para inspeccionar la casa, cuya pared era de medianería con la de la habitación de Barbeta. Miré á la ventana, ni huella de luz ; apliqué mi oído á la puerta, ni sospechas de ruido ; volví al día siguiente á emboscarme donde estamos, estuve desde las ocho á las diez, pero nada vi. Volví al día siguiente, tampoco nada, á la tercera noche nada, nada á la cuarta, siempre nada. En fin, al cabo de quince días, hoy hace quince días, vi entrar, como he tenido el honor de deciroslo, sesenta hombres en grupos de dos, cuatro y seis, y esto en el espacio de unas dos horas ; en fin, la representación exacta de lo que acabamos de ver.

— ¿ Y cuál es tu opinión respecto á esta aventura, Paja-Larga ?

— ¿ Mi opinión ?

— Sí, es imposible que no tengas una opinion, por falsa y absurda que sea, sobre lo que pasa en esa casa.

— Os juro, Mr. Jackal...

Mr. Jackal levantó sus anteojos y miró á Paja-Larga con sus propios ojos.

— Veamos, Paja-Larga, dijo el jefe de policía, explícame ¿ por qué la semana pasada me exponías tu descubrimiento con tanto entusiasmo, y por qué hace tres días te opones tanto á la persecución, que he encargado á Carmañola, y no á ti, la ocupación de la casa de la Barbeta ?

— ¿ Es preciso deciroslo todo, Mr. Jackal ?

— ¿ Por qué, pues, crees que te paga el prefecto de policía, mastuerzo ?

— Pues bien, Mr. Jackal, es porque hace ocho días tomaba á nuestros hombres por conspiradores.

— Mientras que hoy...

— Hoy es otra cosa.

— De modo que hoy crees...

— Creo, salvo vuestro respeto, que es una asamblea de reverendos padres jesuitas.

— ¿ Y qué te hace creer eso ?

— En primer lugar, haber oído á muchos jurar el santo nombre de Dios.

— Creo que tienes pacto con el diablo, Paja-Larga.

— Dios me preserve de ello, Mr. Jackal.

— Veamos la segunda razón.

— La segunda razón es, que pronuncian palabras latinas.

— Eres un necio, Paja-Larga.

— ¿ Es posible ! Mr. Jackal ; pero ¿ por qué lo soy ?

— Porque los jesuitas no necesitan una casa secreta para tener sus conciliábulos.

— ¿ Y por qué, Mr. Jackal ?

— Porque tienen las Tullerías, idiota.

— Pero en fin, ¿ quiénes pueden ser esos hombres ?

— Pienso que vamos á saberlo, porque veo venir á Carmañola.

Y en efecto, el personaje designado con el nombre de Carmañola llegaba hacia Mr. Jackal, sin que sus pasos hiciesen más ruido sobre el pavimento, que si sus zapatos tuviesen suelas de terciopelo.

Era un hombre pequeño, flaco, de color de aceituna, ojos ardientes, voz gruesa y acento provenzal ; uno de esos seres raros que se encuentran á orillas del Mediterráneo, y

que hablan todas las lenguas sin conocer su lengua materna.

— Y bien, Carmañola, preguntó Mr. Jackal, ¿ qué noticias traéis ?

— Las noticias que traigo, respondió Carmañola fiel á la respuesta, cantando á medias el aire de Marlborough, es que el agujero está hecho ; otro azadonazo y se podrá entrar.

Paja-Larga escuchaba con la más viva atención, porque, en su opinión, era él quien hubiera debido encargarse de aquella expedición, cuyo teatro era la casa de la Barbeta.

— ¿ Y el agujero, preguntó Mr. Jackal, es bastante grande para que pueda pasar por él un hombre ?

— Ya lo creo, dijo Carmañola, es un agujero tan grande como una puerta ; la alquiladora de sillas y yo le hemos llamado ya la puerta Barbeta.

— ¿ Ah ! murmuró Paja-Larga, es en su misma alcoba ; ¿ qué humillación para mí ! y no tengo la confianza de mi jefe.

— ¿ Y habéis hecho ese agujero sin ruido ? preguntó Mr. Jackal.

— Oía respirar las moscas.

— Está bien, vuelve á casa de la Barbeta, no te menees y espérame.

Carmañola desapareció como había venido, es decir, rápido y silencioso como un fuego fatuo.

Apenas había entrado en el callejón de las Viñas, cuando pareció venir del techo mismo de la casa sospechosa un silbido agudo.

Salió Mr. Jackal de su escondite, dió algunos pasos en la calle, y apareció un hombre á caballo sobre el lomo del tejado.

Juntó las dos manos para hacer de ellas una bocina, y preguntó :

- ¿ Eres tú, Corta-el-Aire ?
- Yo mismo en persona.
- ¿ Crees poder entrar ?
- Estoy seguro de ello.
- ¿ Por dónde ?
- Hay un tragaluz en el techo ; salto al granero, y espero.
- No esperarás mucho tiempo.
- ¿ Cuánto poco más ó menos ?
- Diez minutos.
- Vayan los diez minutos ; cuando en la iglesia de Santiago den las once, daré el salto.
- Y desapareció.

— Bueno, dijo Mr. Jackal, Carmañola los vigila por la izquierda, Mariposa por detrás, Corta-el-Aire va á penetrar en la casa misma. Creo que es el momento de entrar.

Y desde el punto en que estaba, introduciendo Mr. Jackal un dedo de cada mano en la boca, dejó oír un silbido, al que respondieron ocho ó diez silbidos semejantes.

En seguida, de todas las calles afluentes á la de Postas acudieron hombres que, reunidos en el primer núcleo, llegaron á quince.

Cuatro de aquellos hombres estaban armados con garrotes que tenían en la mano ; otros cuatro tenían pistolas á la cintura ; otros cuatro tenían espadas desnudas debajo de sus capas, dos tenían teas.

Aquellos quince hombres se colocaron en el orden siguiente :

Los dos que llevaban las teas, prontos á encender sus faroles, se colocaron el uno á la derecha y el otro á la

izquierda de Mr. Jackal ; los ocho hombres armados venían detrás de él de dos en fondo ; Paja-Larga mandaba los cuatro que formaban la retaguardia.

Estos preparativos de sitio no se hicieron sin un poco de ruido.

Pero Mr. Jackal, volviéndose y viendo á cada uno en su puesto, dijo :

— Silencio ahora, y los que tienen sentimientos religiosos como Paja-Larga, recen sus oraciones si tienen miedo.

Después de estas palabras, sacando un rompe-cabezas de su bolsillo, se acercó á la puerta, y dió tres golpes con uno de los pomos de plomo que guarnecían las dos extremidades, diciendo :

— Abrid, en nombre de la ley,

En seguida aplicó el oído á la cerradura.

Ni un aliento humano impedía á Mr. Jackal oír el ruido del interior ; los quince alguaciles parecía que se habían cambiado en quince estatuas.

Pero nada turbó el silencio que sucedió al sonido de aquellos tres golpes.

Al cabo de cinco minutos de escuchar inútilmente, volvió á levantar Mr. Jackal la cabeza, dió aun otros tres golpes, mediando igual distancia, y repitió la fórmula sacramental :

— Abrid, en nombre de la ley.

— Y aplicó de nuevo su oído á la puerta.

Pero no habiendo oído nada, tanto aquella segunda vez como la primera, llamó por tercera vez.

Pero no obtuvo más respuesta que en las dos anteriores.

— Vamos, señores, puesto que se obstinan en no abrirnos la puerta, abrámosla nosotros mismos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Y sacando una llave de su bolsillo, la introdujo en la cerradura, que cedió al instante.

La puerta se abrió.

CAPÍTULO IV.

PARTID.

Quedaron dos hombres en la calle, con la pistola en la mano, mientras que Mr. Jackal, pasando la mano por la doble cuerda que rodeaba su rompe-cabezas, empujaba violentamente la puerta y entraba el primero.

Los dos que llevaban las antorchas le siguieron, y el resto de la patrulla entró en el mismo orden que hemos dicho.

La pieza en que hemos penetrado así de golpe y porrazo, era una especie de antecámara de tres ó cuatro metros de longitud, y de unos seis pies de ancho.

Era, como se ve, un largo corredor, blanqueado con cal de arriba abajo, y que terminaba en una puerta de encina, tan gruesa y tan sólida, que los tres golpes que en ella dió Mr. Jackal, no resonaron más que si se hubiesen dado sobre un muro de granito.

Así que, Mr. Jackal pareció llenar la triple formalidad para la tranquilidad de su conciencia; en seguida, llena aquella formalidad, intentó de nuevo derribar la puerta, pero inútilmente.

La puerta era sorda, muda, insensible; hubiérase dicho que era la puerta del infierno.

— Inútil, dijo Mr. Jackal; sería preciso el ariete de

Duillio ó las catapultas de Godofredo de Bouillón. ¿Dónde están las ganzúas, Trozo de Acero?

Adelantóse un hombre y entregó á Mr. Jackal un manojo de llaves y ganzúas.

Pero la puerta se dejó abrir con las ganzúas, ni más ni menos que se había dejado derribar.

Era claro que la puerta estaba atrincherada por dentro.

Por un momento creyó Mr. Jackal que aquella puerta no existía, y que un artista del mayor talento había pintado sencillamente, en un momento de capricho, una puerta de encina sobre una pared.

— Encended las antorchas, dijo Mr. Jackal.

Encendiéronse todas las antorchas; era en realidad una puerta.

Otro hubiera lanzado exclamaciones ó hubiera hecho un gesto de contrariedad, ó al menos se hubiera rascado la nariz; pero los delgados labios de Mr. Jackal no se movieron; sus ojos leonados no cambiaron de expresión; su rostro afectó, por el contrario, la más beata quietud; devolvió las llaves y las ganzúas á Trozo de Acero, sacó del bolsillo derecho de su chaleco su caja de tabaco, tomó un polvo, que pareció tamizarlo y refinarlo entre el pulgar y el índice, en seguida, llevándolo á su nariz, lo aspiró con voluptuosidad.

Fué interrumpido en mitad de aquella ocupación por un grito que parecía lanzado en la cumbre de la casa, y por un ruido extraño que resonó al otro lado de la puerta.

Hubiérase dicho que era la caída de un cuerpo desde un piso quinto, y la de un cráneo rompiéndose sobre las losas.

En seguida, nada; ningún sonido perceptible, un silencio espantoso, el silencio de la muerte.

— ¡ Diablo ! murmuró Mr. Jackal haciendo esta vez un gesto, que hubiera sido imposible analizarlo, tan complejo era, es decir, tan mezclado de enojo, de compasión, de disgusto y de sorpresa. ¡ Diablo ! ¡ diablo ! repitió en dos ó tres tonos diferentes.

— ¿ Qué hay, pues ? preguntó palideciendo el sensible Paja-Larga, que estudiaba el rostro del patrón, pero sin poder comprenderlo.

— Hay, respondió Mr. Jackal, que el pobre mozo, probablemente está muerto.

— ¿ Quién está muerto ? preguntó Paja-Larga, mirando hacia dentro en vez de mirar hacia fuera.

— ¿ Quién ? Corta-el-Aire, ¡ pardiez !

— ¡ Corta-el-Aire, muerto ! murmuraron en coro los polizontes.

— Mucho lo temo, dijo Mr. Jackal.

— ¿ Y por qué ha de estar muerto Corta-el-Aire ?

— En primer lugar, he creído reconocer su voz en el grito que hemos oído ; y si ha caído de una altura de sesenta pies, como supongo, porque se puede medir la altura de una caída por el ruido que produce ; pues bien, si ha caído de sesenta pies de altura, hay, por lo menos, un sesenta por ciento de probabilidad de que ha muerto del golpe, ó que le encontraremos muy mal parado.

El silencio siniestro que había seguido al ruido de la caída, siguió á las palabras de Mr. Jackal.

En seguida se oyó el ruido de otra caída, pero caída más ligera : hubiérase dicho que alguno acababa de saltar á pies juntos de una docena de pies de elevación sobre el pavimento de la sala,

Esta, á lo menos, fué la opinión de Mr. Jackal, y persistió, á pesar de los argumentos de Paja-Larga, en esta

opinión, que, como se va á ver, era admirablemente acertada.

Cinco minutos después se oyó detrás de la puerta el murmullo de una voz que decía :

— ¿ Sois vos, Mr. Jackal ?

— Sí, ¿ eres tú, Carmañola

— Sí.

— ¿ Puedes abrirnos la puerta ?

— Ya lo creo, sólo que está oscuro como boca de lobo, voy á encender luz.

— Enciéndela. ¿ Tienes ruiseñores ? (ganzúas).

— Nunca ando sin mis pájaros, Mr. Jackal.

Y se oyó el ruido de una cerradura que se abría.

Pero la puerta pareció redoblar su resistencia.

— ¿ Qué hay ? preguntó Mr. Jackal.

— Aguardad, dijo Carmañola, estoy con las manos en la masa ; hay, en primer lugar, dos cerrojos.

Y recorrió los dos cerrojos.

— En seguida una barra. ¡ Ah ! ¡ diablo ! la barra está sujeta con una cadena.

— ¿ Tienes una lima ?

— No.

— Voy á darte una por debajo de la puerta.

Y efectivamente, Mr. Jackal pasó por debajo de la puerta una lima fina y delgada como una hoja de papel.

Oyóse durante un minuto el ruido del acero que mordía el hierro.

En seguida, la voz de Carmañola que decía :

— Ya está hecho.

En seguida el ruido de la pesada barra de hierro que caía sobre las losas.

Al mismo tiempo se abrió la puerta.

— ¡ Ah ! dijo Carmañola separándose para dar paso á su patrón, hemos llegado al cabo, ¡ fuego de Dios ! pero no sin trabajo.

Mr. Jackal, á la luz de la linterna de Carmañola y de sus dos antorchas, lanzó una mirada rápida al interior de la sala. Estaba vacía.

Solamente hacia el medio yacía una masa informe y sin movimiento.

Hizo Mr. Jackal un movimiento con la cabeza y con la boca que significaba :

— Bien lo había yo dicho.

— ¡ Ah ! sí, dijo Carmañola, miráis...

— Sí. Es él, ¿ no es verdad ?

— Lo he reconocido en su grito, es él quien me ha hecho apresurarme. Toma, le dije á la Barbeta, hé ahí á Corta-el-Aire que nos da las buenas noches.

— ¿ Está muerto ?

— Lo más muerto posible.

— Se darán doscientos francos de pensión á su viuda, dijo solemnemente Mr. Jackal ; ahora, volvamos á lo esencial, examinemos el terreno.

Y los agentes, precedidos de Mr. Jackal, entraron en una habitación que merece una descripción particular.

Imagínese, en efecto, una inmensa sala circular construida en toda la longitud y toda la elevación de la casa, es decir, de sesenta pies de ancho en todos sentidos, y sesenta de alto, como á consecuencia del ruido producido por la caída del cuerpo de Corta-el-Aire, lo había calculado muy juiciosamente Mr. Jackal ; embaldosada, con paredes blanqueadas con cal, que se elevaban desde los cimientos al techo, construida en forma de media naranja é iluminada por una claraboya.

Perpendicularmente debajo de aquella claraboya yacía el cuerpo de Corta-el-Aire.

De un lado, del lado que daba á casa de la Barbeta, estaba rota la pared á una altura de doce ó quince pies ; una anciana, con su candela en la mano, miraba curiosamente por la abertura, haciendo muchas veces la señal de la cruz.

El conjunto de la decoración tenía alguna analogía con el templo de Venus, que se eleva á orillas del golfo de Baía, ó más exactamente aun con nuestro mercado de trigos, enteramente vacío de sus sacos de harina.

Lo que completaba aquella semejanza, era la ausencia total de muebles, utensilios, y toda clase de objetos. Ningún vestigio de habitantes, una desnudez absoluta, una soledad completa ; hubiérase uno creído en las ruinas de alguna habitación de ciclopes, habitada en otro tiempo por Titanes.

Mr. Jackal dió la vuelta en derredor de la sala, y al contemplarla, sintió el sudor del amor propio herido correr sobre su frente.

Mr. Jackal estaba evidentemente misticado.

Miró en derredor de sí, arriba y abajo.

Nada en el techo, más que la ventana por la que había caído Corta-el-Aire.

Nada en las paredes, más que la abertura por la que había saltado Carmañola.

Verificado este punto principal, se pasó á lo secundario, es decir, al cadáver de Corta-el-Aire, que como hemos dicho, yacía debajo de la ventana nadando en un mar de sangre, con los miembros dislocados y el cráneo abierto.

— ¡ Desgraciado ! murmuró Mr. Jackal, menos por compasión que por pronunciar de una manera cualquiera

la oración fúnebre de un bravo, muerto en el campo del honor.

— Pero ¿ cómo ha sido eso, preguntó Paja-Larga, y qué idea ha tenido Corta-el-Aire en dar un salto de sesenta pies ?

Mr. Jackal encogió los hombros sin dignarse responder á Paja-Larga.

Pero Carmañola, tomando la palabra, que su jefe se desdeñaba de usar, dijo :

— ¿ Qué idea ? Es claro que Corta-el-Aire no ha tenido idea de todo ; ha creído saltar del techo á una buhardilla, y ha saltado desde el techo al piso bajo. No sería yo quien daría una voltereta como ella.

— ¿ Y cómo has hecho tú ? preguntó Mr. Jackal, porque presumo que no has tenido la imprudencia de hacer lo que hace la Barbeta en este momento, es decir, mirar con una luz antes de saltar.

— Ah, sí.

— Veamos, escucho, dijo Mr. Jackal, que no escuchaba ; pero que no le incomodaba ocultar su contrariedad bajo el velo de la atención.

— Pues bien, vos sabéis una cosa, y es, que somos casi todos pescadores ó marineros en las ciudades del litoral del Mediterráneo, desde las Mártigas hasta Alejandría, y desde Alejandría hasta Ceuta.

— ¿ Qué más ? dijo Mr. Jackal mirando hacia todos la dos y dejando hablar á su acólito para ganar tiempo.

— Pues bien, continuó Carmañola, ¿ qué hacemos cuando queremos pescar ó entrar seguramente en el puerto ? Nos echamos á fondo. ¿ Qué he hecho yo ? He hecho bajar mi hilo á plomo, y cuando he visto que no había más que tres brazas de vacío y fondo de baldosa, he sal-

tado doblando las piernas, porque he aprendido algo de gimnasia con un bombero amigo mío.

— Mi querido Carmañola, repuso Mr. Jackal, por buen pescador que seas, temo que esta vez tengamos que volvernos sin coger siquiera el pez más pequeño.

— En efecto, dijo Carmañola, quisiera saber lo que ha sido de los sesenta guapos que hemos visto entrar en la casa.

— Los hemos visto bien, ¿ no es verdad ? preguntó Mr. Jackal.

— ¡ Pardiez !

— Pues bien, se han desvanecido, han desaparecido ; partid, el negocio está hecho.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo Carmañola, sesenta hombres no desaparecen como una sortija, como un reloj de bolsillo ó como Juan de Vire, aun cuando estuviese el diablo con ellos.

— El diablo está con ellos, dijo Mr. Jackal ; pero ellos no son diablos.

— Sé muy bien que esta gran bóveda parece un cubilete de escamoteador ; pero ¡ sesenta hombres ! Debe tener algún doble fondo.

— ¿ Dónde pueden estar, Mr. Jackal ? preguntó Paja-Larga á su jefe, confiado en la infalible perspicacia de éste.

Pero esta vez, Mr. Jackal había perdido totalmente la pista.

— ¡ Voto al diablo ! dijo Mr. Jackal, bien comprendes, imbécil, que puesto que yo no puedo explicarme la cosa á mí mismo, no voy siquiera á intentar explicártela á ti.

En seguida, volviéndose hacia sus acólitos :

— Vamos, ¿ qué hacéis ahí vosotros, mirándome como

imbéciles? Sondear las paredes con el extremo de vuestros bastones, con la punta de vuestras espadas, con las culatas de vuestras pistolas.

Los que llevaban los bastones y las espadas obedecieron inmediatamente, y se pusieron á golpear con encarnizamiento contra la pared.

Pero la pared, interpelada tan brutalmente, respondió con una voz fuerte, pero no hueca, como había esperado vagamente Mr. Jackal.

— Decididamente, hijos míos, dijo, tenemos que habérvoslas con gentes más diestras que nosotros.

— Ó como se dice vulgarmente, dijo Carmañola, estamos derrotados.

— Vamos, demos la última vuelta con los que llevan las antorchas. Alumbrar bien.

Entonces, los que llevaban las antorchas alumbraron la marcha, según había dicho Mr. Jackal, que iba detrás con su rompecabezas; en seguida, los que llevaban los garrotes, las espadas y las pistolas.

Cualquiera que hubiera entrado en aquel momento y hubiera visto aquellos hombres, encarnizados de aquel modo contra las paredes, de seguro los hubiera tomado por insensatos.

Habiendo respondido por todas partes las paredes *no*, se pasó de ellas á las baldosas, ejecutando sobre éstas la misma operación de golpear que se había ejecutado en aquellas.

Trabajo perdido, no se sentía el menor vacío, no se veía la menor grieta.

Al cabo de una hora de aquel ejercicio inútil, fué preciso renunciar á él, como se había renunciado al primero; y á falta de otras materias, golpearse la frente para sacar de

ella alguna cosa más útil que lo que se había sacado de las paredes y del pavimento.

Se entró, pues, en gran conferencia; pero como se probó, según las noticias recogidas antes y en aquel momento, que aquella casa no tenía cuevas, y que se componía sólo de la antecámara y la sala, todos los agentes, á excepción de su jefe, dieron gusto á la lengua, y encontraron más sencillo decir que había allí algún misterio ó alguna magia, que buscar más tiempo la palabra de aquel misterio, el secreto de aquella magia.

Sólo Mr. Jackal no desesperaba.

CAPÍTULO V.

EL POZO QUE HABLA.

Dos hombres levantaron el cadáver dislocado de Corta-el-Aire, y lo transportaron del interior al exterior.

Seis hombres permanecieron en la sala.

En seguida se apagaron las antorchas, y Mr. Jackal salió de la casa seguido de Carmañola y de Paja-Larga, que seguía al resto de la tropa.

Se dejó en la calle á los dos hombres que se habían quedado fuera, los que debían pasearse hasta el día de arriba abajo, por la calle de Postas.

Mr. Jackal se dirigió tan sombrío, tan silencioso como Hipólito, con la cabeza tan baja como la de sus caballos, ocupado de un pensamiento, no menos triste que el que ocupaba el espíritu de aquellos nobles animales hacia la calle del *Pozo que habla*.